

GUZEL YÁJINA

TREN A SAMARCANDA

TRADUCCIÓN DEL RUSO DE JORGE FERRER

BARCELONA 2024



ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Эшелон на Самарканд*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Guzel Yájina. Todos los derechos reservados
Este libro ha sido negociado a través de ELKOST Intl. Literary Agency
© de la traducción, 2024 by Jorge Ferrer Díaz
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, *Tren* (1903), de Pío Collivadino

ISBN: 978-84-19036-44-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 10 995-2024

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
LIBERDÚPLEX *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

1. Quinientos. Kazán	7
2. Juntos los dos. Sviyazhsk—Urmari	91
3. La docena del demonio. Sergach—Arzamas—Buzuluk	259
4. Solo	339
5. La resta y la suma. Oremburgo—Aralsk	371
6. Y otra vez quinientos. Kazalinsk—Arys	469
7. Ellos tres. Samarcanda	547
<i>Comentarios de la autora</i>	585
<i>Agradecimientos</i>	589
<i>Mapa de la ruta de Kazán a Samarcanda</i>	591

A mi padre, Shamil Zagréyevich Yájin.

I
QUINIENTOS
KAZÁN

Cuatro mil verstas. Ésa era la distancia exacta que el convoy sanitario de los ferrocarriles de Kazán tenía que recorrer hasta llegar a Turquestán. Pero el tren como tal aún no existía. La orden de enganche se había firmado la víspera: el 9 de octubre de 1923. Tampoco estaban listos los pasajeros: había que recoger, localizándolos en albergues y orfanatos, a niños y niñas de entre dos y doce años. Buscarlos entre los más débiles, los más consumidos.

Con lo que sí se contaba ya era con el jefe del convoy ferroviario. Tales funciones recaían en Déyev, un hombre joven pero ya curtido en la Guerra Civil. Lo acababan de nombrar, y el comandante del departamento de transporte Chayánov no se anduvo por las ramas:

—Son quinientos niños—le dijo a modo de saludo—. Y los tienes que llevar de Kazán a Samarcanda. El secretario te hará entrega de la orden y las instrucciones.

En los años que llevaba trabajando en el sector del transporte, Déyev había llevado toda suerte de cargas: lo mismo trigo o ganado requisado a los campesinos que cisternas llenas a rebosar de grasa de ballena donada por la generosa Noruega a la famélica población de la región del Volga. Pero niños no había llevado jamás: sería la primera vez que se responsabilizaría de una carga de esa índole.

—¿Para cuándo está prevista la salida?—preguntó.

—Por mí, podéis salir mañana mismo. En cuanto tengas listo el convoy, sal de aquí cagando leches. ¡Vuela como un pájaro, amigo mío! A los niños no les gustan los viajes largos, muy pronto te enterarás.

Y eso fue todo. Dos minutos de conversación y para de contar. Lo que no le quedó muy claro fue eso de que ya se

enteraría. Pero no tenía tiempo para darles vueltas a las cosas. Los viejos se pueden permitir rumiar las ideas, porque tienen tiempo de sobra. Él no.

Déyev acudió en primer lugar a los jefes de la estación de ferrocarriles. Éstos le prometieron rebuscar en todos los rincones, aunque acabaron trayéndole un único coche. Eso sí, se trataba nada menos que de un viejo coche de primera clase, si bien es verdad que había perdido su bonito color azul de antaño en favor del pálido gris que mostraba ahora. El interior estaba forrado con gobelinos un poco ajados, tenía espejos, algunos de ellos todavía enteros, y el salón era tan amplio que se podían bailar vals en él. En el pasado, había albergado una biblioteca y hasta un piano de cola. Ahora, el lugar del piano lo ocupaba una oronda, aunque como picada de viruelas, bañera de hierro fundido que, por lo visto, en algún momento habían arrastrado desde el vagón destinado a los baños y la lavandería y la habían dejado allí olvidada. Su presencia en medio de las estanterías vacías y los candelabros tiznados resultaba bastante absurda. Déyev frunció el ceño, sin poder disimular su enojo, pero se quedó. Los gobelinos hizo arrancarlos y mandarlos al diablo; los candelabros fueron abatidos a golpes. Idéntica suerte corrieron los bonitos soportes para el equipaje que había en los compartimentos, que fueron sustituidos por un segundo e incluso un tercer nivel de literas. La bañera se quedó donde estaba. Déyev manifestó la intención de adosarle una estufita de hierro para que los niños calentaran el agua de lavarse, pero se le dijo que eso de templar el agua era una tara burguesa, de modo que tuvo que abandonar la idea de contar con agua caliente.

Hubo que esperar al día siguiente para ver aparecer el segundo vagón. Lo trajeron desde Krásnaya Gorka, donde había pasado cuatro años estacionado en el patio trasero del depósito de locomotoras. Déyev no pudo evitar un estremecimiento al inspeccionarlo. No se trataba de un vagón cualquiera, sino de una capilla rodante. La resistencia que un co-

che de esa índole ofrecía a su transformación en cualquier cosa que sirviera a las necesidades de la realidad soviética explicaba que hubiera pasado tanto tiempo llenándose de polvo en una vía muerta. La cúpula de bronce que el tiempo había coloreado de verde podía ser retirada, sí, y lo mismo se podía hacer con el altar, fácilmente desmontable. Pero ¿dónde metías las ventanas en forma de arco con los bordes pintados de rojo? ¿Y qué hacías con el techo en forma de diadema? Déyev, no obstante, tampoco desdeñó aquel coche. Algo bueno le vio enseguida: su tamaño y, por ende, su capacidad. «¿Cuántas literas le meto aquí?», preguntó el mandamás del taller de carpintería, examinando con respeto la imponente altura del techo. «¡Que sean tres!», mandó Déyev. Es verdad que habrían cabido cuatro, pero pensó que a los niños les podría dar miedo encaramarse tan alto.

El coche cocina llegó de Simbirsk dos días más tarde. Era una suerte de cajita maciza sobre ruedas, armada a toda prisa con tablones cepillados y reparada después, una y otra vez, con otros tablones que no habían conocido el cepillo. Además, se notaban enseguida remiendos adicionales de madera contrachapada y de un tragaluz brotaba una chimenea retorcida. Al entregárselo, comentaron que en las vías muertas de las afueras de Simbirsk quedaban muchos cacharros como aquél y que algunos de ellos le podrían venir muy bien a Déyev, pero él no se animó a emprender un viaje de inspección a aquellas alturas.

Por último, un coche de pasajeros traído de Moscú y cinco vagones más fueron enganchados al convoy de Déyev, al que los trabajadores de las vías ya habían bautizado como La Guirnalda, debido a la variedad de colores y palos que lo integraban. Los vagones, todos ellos coches cama, que apestaban a humo de cigarrillos y estaban llenos de porquería, precisaban más una limpieza profunda que una simple mano de pintura. Pero a esas alturas Déyev tenía a los jefes de la estación hartos de tanto exigir (y todo reclamándolo con sus acu-

ciantes «¡ahora mismo!», «¡inmediatamente!» y «¡en este mismo instante!»), de modo que le negaron las mozas de limpieza que pidió. Así que no le quedó más remedio que, sin ahorrarse antes un escupitajo, llenar dos baldes de agua y ponerse él mismo manos a la obra.

Fue entonces cuando apareció ella. Armado de un trapo, Déyev estaba arrastrándose por el suelo mojado, afanándose en sacar un montón de cáscaras de pipas de debajo de un banco, cuando dos botas de puntera roma de las que utilizan en la infantería se plantaron de repente delante de su cara. Al levantar la vista se encontró con sendas pantorrillas delgadas que, en lugar de cubiertas con los típicos pantalones de uniforme de los soldados, estaban enfundadas en unas delicadas medias de lana.

—Es usted un asesino—lo acusó sin preámbulos la voz de mujer—. ¿Me puede decir qué hace perdiendo el tiempo ahora mismo aquí?

Déyev no daba crédito a lo que oía. Alzó un poco más la vista y se topó con una falda de color negro muy ajustada y unas rodillas afiladas como estiletos que sobresalían justo por debajo del dobladillo.

—Mientras se entretiene aquí arrastrando la panza por los suelos, allá afuera hay niños muriendo—prosiguió la recién llegada.

Déyev intentó salir de debajo del banco y sentarse, pero se golpeó con la nuca en el borde del mueble.

—¿Tú quién eres?—preguntó por fin. Déyev solía apocarse en presencia de las mujeres y por eso las tuteaba siempre, mientras adoptaba una posición altiva, retadora.

—Comisaria de la infancia. Y viajaré con usted a Samarcanda, en cuanto salga de una vez de ese charco y proceda a dar cumplimiento a la orden recibida.

—¿Tienes nombre, comisaria?

—Bélaya.

Déyev no supo a ciencia cierta si Bélaya—es decir, Blan-

ca—era su nombre o su apellido. Y no tuvo el aplomo de preguntárselo.

La mujer lo superaba en edad, pero no tanto como para que pudiera ser su madre. Más bien, podría ser su hermana mayor. Su rostro, hermoso y severo, podría servir de modelo para un cartel de propaganda soviético. Tenía el cabello claro y lo llevaba corto, con pequeños rizos apuntando en todas direcciones. Su mirada tenía la autoridad de un comandante de Ejército. Ante una mirada como aquélla, daban ganas de ponerse de pie de un salto y cuadrarse, pero Déyev se contuvo. Se atusó las greñas sin prisa y aprovechó para sacudirse de la frente un par de cáscaras de pipas que se le habían pegado; luego arrojó el trapo en el cubo de cualquier manera, de modo que el agua se desbordó y fue a salpicar las botas de la comisaria, y se quedó sentado en el suelo en una postura que tenía un punto de insolencia.

—En ese caso, ¿qué tal si me echas una mano con la limpieza, camarada Bélaya? ¿O te parece que podemos llevar a la gente encerrada en este establo hediondo?

—Por supuesto que le echo una mano—respondió ella sin un ápice de duda—. Pero habrá que esperar a la noche, cuando ya estén durmiendo los niños.

—¿Es que nosotros no nos vamos a acostar?—perseveró Déyev en el tono insolente. En verdad, no hubiera querido decir eso, pero la lengua le jugó una mala pasada.

La vergüenza por la frase de mal gusto lo asaltó enseguida. De manera que se puso en pie de un salto y se sacudió el polvo de los pantalones que se había enrollado hasta los muslos y las rodillas desnudas. Cuando se hubo erguido completamente, se dio cuenta de que tenía que mirar a la mujer desde abajo, porque la comisaria Bélaya le sacaba media cabeza.

—Me temo, Déyev, que no nos vamos a acostar, no—le respondió ella mirándolo fijamente a los ojos. Él pudo ver entonces por primera vez los de la mujer: grises y gélidos, ro-

deados de pestañas firmes—: Hasta que hayamos llegado a Samarcanda, no tendremos ocasión de acostarnos.

Apenas unos minutos más tarde, Déyev caminaba junto a Bélaya. O, más bien, le seguía el paso a toda prisa, moviéndose entre las vías mojadas por la llovizna y poniendo cuidado en no resbalar o echar a correr al trote.

A pesar de que tenía unos tobillos finos de muchacha y un cuerpo ligero, cuya silueta apenas permitía adivinar la chaqueta de amplios pliegues que llevaba sujeta al talle con un cinturón, la comisaria avanzaba a grandes zancadas, de traviesa en traviesa. Atento al paso firme de sus zapatos cuadrados, Déyev pensó que éstos esconderían unos piececitos finos, delicados. Esa idea le hizo perder el paso, así que masculló un taco y apartó de su mente el indecoroso pensamiento.

—Le intentarán colar una cuota más elevada, pero usted niéguese en redondo, ¿me oye bien?—Bélaya hablaba deprisa, sin molestarse en volver la mirada a su interlocutor, como si disparara las frases a un objetivo ubicado delante de ella. Déyev tuvo que pisar el acelerador para no perderse las instrucciones—. Intentarán colarle a enfermos, haciendo ver que ya están curados: ¡usted niéguese en redondo a aceptarlos!

Déyev no conseguía entender a quién debía manifestar negativas tan rotundas. ¿A quién se refería la comisaria con esas palabras hirientes?

—Si juegan la carta de la pena, écheme a mí la culpa. Dígame: es que esta Bélaya no atiende a razones y es una desalmada; no da su brazo a torcer, la muy cabrona, y es dura como una piedra...

—Bueno, pero no olvide que el jefe del convoy soy yo —apuntó Déyev, por si acaso.

—Eso es cierto—convino Bélaya—, pero las culpas éche-

melas a mí. Mejor aún: usted no abra la boca y ya me ocuparé yo de dejar bien claras las cosas.

Tras superar los aledaños de la estación de ferrocarriles, Bélaya y Déyev salieron por fin a la ciudad y muy pronto alcanzaron el centro: la plaza principal, donde se alzaba un palacio de granito y mármol que tenía columnas tan gruesas que se necesitaban tres personas para abrazarlas y ventanas más altas que un hombre. En el pasado, el edificio había albergado la Asamblea de Nobles, pero con la llegada del nuevo régimen lo había ocupado el Albergue de Evacuados n.º 1 de Kazán. A ese albergue llegaban, desde rincones próximos y distantes de la Tartaria roja, los niños que sus padres no querían o no podían alimentar. De ahí saldría la mayor parte de los pasajeros del convoy a las órdenes de Déyev.

De cerca, no obstante, el albergue parecía menos un palacio que una fortaleza asediada. Las ventanas que daban a los sótanos estaban tapiadas con tablones, en algunos puntos superpuestos en dos capas, mientras que las ventanas en forma de ojiva de la primera planta estaban cegadas con planchas de hierro y madera contrachapada. Las columnas de mármol blanco mostraban una apretada red de grietas y los muros estaban salpicados de tantos baches que parecían fabricados con alguna piedra muy porosa y quebradiza. Déyev, no obstante, supo enseguida de qué se trataba, que las marcas pequeñas eran el rastro dejado por las balas y las mayores, las huellas de los proyectiles de artillería. El edificio tenía un aire sombrío e inexpugnable, como si la Guerra Civil continuara bullendo a su alrededor. ¿De quiénes se estarían protegiendo los que se hallaban encerrados al otro lado de aquellos muros? ¿Acaso se cuidaban de las instituciones que asediaban a los menores?

Niños había allí por todas partes. Una docena o docena y media de sucios cuerpecitos envueltos en trapos hasta las cejas e inmóviles, como aletargados bajo la llovizna, se agolpa-

ban en las escaleras de granito por las que se accedía al edificio o estaban tumbados sobre periódicos a lo largo de los muros. No era la primera vez que Déyev veía un cuadro semejante, pero nunca se había preguntado la razón por la que tantos niños se concentraban fuera del albergue en lugar de hacerlo en su interior.

Bélaya trepó por la suave rampa destinada a los vehículos tirados por caballos y llamó a la puerta principal. Nadie respondió. Entonces golpeó de nuevo con más fuerza. Las puertas cerradas a cal y canto encajaron muy bien los embates. Tampoco encontró respuesta. Alzada sobre las puntas de los pies, la comisaria propinó otro par de mamporros a la madera de contrachapado que cubría el vano de una ventana. A punto estuvo de abrirse una brecha en la palma de la mano con un clavo que sobresalía.

Pero la fortaleza no quebrantó su sepulcral silencio. Los niños tumbados a sus pies tampoco dijeron palabra: parecían ausentes.

No obstante, algunas miradas siguieron con lánguida curiosidad los movimientos de la mujer, y un muchachito, menudo y con el rostro quemado por el sol, como una patata sucia, se incorporó ligeramente para presenciar el espectáculo. Bélaya se fijó en él.

—¿Cómo es que no abren?—le preguntó ésta sin ambages en tono amistoso.

A Déyev lo pasmó la ausencia del anterior tono autoritario en su voz. También que sus ojos destilaran ahora un halo de ternura. «¡Así que la comisaria también sabe hablar a la gente con humanidad!», se dijo, admirado.

El muchachito se tomó unos instantes para responder. Miró en derredor y después a lo alto, de donde caían gotitas de lluvia.

—Es que habéis venido muy tarde—dijo con desgana—. Volved por la mañana, que éstos enseñan más los dientes a primera hora.

—Ah, pero resulta que tenemos que hablar con ellos ahora mismo—le informó Bélaya con un suspiro—. ¿No habrá alguna manera de...? Échame una mano, anda.

Tampoco esta vez el niño le respondió enseguida, como si las palabras que debían salir de su boca le fueran llegando desde algún lugar remoto.

—¿Y yo qué gano con eso?—preguntó.

—Te diré cómo conseguir una plaza en el albergue, así no tendrás que estar aquí tirado como un pordiosero, sacándole brillo al portal con los pantalones. Ya verás como las trabajadoras sociales vienen a por ti para llevarte adentro del brazo y te lavarán, te darán de comer y te asignarán una plaza.

—¡Te lo estás inventando todo!—sonrió el chaval de oreja a oreja mostrando sus dientes negros.

—Escúchame bien—le dijo Bélaya—. Esta medianoche habrá una redada en el estuario. La policía y los de la Comisión de la Infancia van a barrer las orillas del río y enviarán a los albergues a todos los niños que agarren. Así que todos los que quieran una plaza en los albergues deberían asegurarse de estar allí antes de la puesta de sol. Y el que no quiera ir al albergue lo mejor es que se dé el piro y no deje que esa gente lo agarre. ¿Lo has pillado? Ahora ve a decírselo a tus amigos, vamos.

El rostro color de patata se contrajo, porque el niño, con gesto desconfiado, enarcó las cejas y arrugó la nariz.

—¡Qué se me clave un puñal en el corazón y cien clavos en el ojo si miento!—juró Bélaya golpeándose el pecho con el puño cerrado, como si se estuviera clavando un cuchillo entre las costillas. Después mostró una expresión suave, sonrió al niño con aire conspirativo y repitió su ruego: ¡Y ahora ayúdame, vamos!

El niño se levantó despacio y se acercó a la puerta de entrada. El lento movimiento de sus extremidades hacía pensar que se desplazaba por la superficie de un estanque y no por tierra firme. Una vez frente a la puerta se volvió y, abandonando de repente toda su perezosa plasticidad, la empen-

¿Acaso podía poner a los niños a dormir en el suelo? ¿Se le resfriarían la primera noche! ¿O darles los compartimentos destinados al personal—a Bélaya y a él mismo—y tumbarse ellos a dormir en el suelo? Tampoco es que se pudiera acomodar a varias decenas de pasajeros en un par de compartimentos, por cierto.

—... y guardarse en lo más profundo del bolsillo esa alma compasiva que tiene, para que no ande asomando cuando no conviene. ¡Ser bondadoso, a veces, es parecer un demonio!

Se oyó un suave crujido. Lo produjo el lápiz, partido por la mitad en el puño de Déyev. Bélaya no se había movido de la puerta y miraba fijamente a la figura petrificada de su compañero.

—Ponga más cuidado con los medios básicos del Estado—lo reprendió por el lápiz roto—. El orfanato de chicos ha aceptado una disminución de la cuota. Así que nos llevamos quinientos niños, como estaba previsto. Y ni uno más.

Medio centenar de huérfanos se quedarían en la lluviosa Kazán a esperar la llegada del invierno, cediéndole sus plazas a otro medio centenar de niños minusválidos del albergue de evacuados.

Déyev arrojó los dos trozos del lápiz sobre la orden todavía a medio redactar y clavó la mirada en Bélaya.

—¡Y a ver cómo se las arregla para no hacer más promesas antes del día de mañana!—lo instó la comisaria cerrando de golpe la puerta del compartimento. Desde el espejo sujeto al envés del batiente, Déyev quedó absorto ante su propio semblante, los músculos de la mandíbula tensos y los labios fruncidos...

Entre tantos líos, no tenía tiempo para peleas. Por otra parte, tampoco es que tuviera nada que replicar a la comisaria. Hasta la caída de la noche, Déyev no paró de trabajar un instante en el tren o los predios de la estación. Asuntos hubo muchos que resolver, tanto en el despacho de Cháyá-nov como en la expendeduría de granos, en el depósito don-

de daban los últimos retoques a la locomotora que tiraría del convoy o en el garito donde fumaban los mecánicos... Y, sin embargo, por muy atareado que estuviera, Déyev no dejó de pensar un solo instante en los niños de la casa de la calle Voskresénskaya a los que no les había visto el pelo jamás.

Déyev no conocía sus rostros. Ni siquiera conocía sus nombres de pila. Y era mejor que así fuera. No tenía manera de justificarse ante ellos. Ni nadie le pedía que lo hiciera. Tampoco podía prometerles nada, aunque de qué valían las promesas ante el invierno que se avecinaba. Lo único que Déyev podía hacer era llevarse aquel convoy a Samarcanda con la velocidad de un bólido y traerlo de vuelta a igual velocidad, mientras aquellos niños anónimos esperaban la llegada del invierno en aquellas gélidas salas, por cuyos suelos se paseaba el viento frío formando remolinos. Y entonces, si no acababa el invierno, si no desmontaban el convoy, si a Déyev no lo retiraban de aquella ruta y los chicos no habían sido dados en adopción, los cogería los primeros para llevarlos al sur. No era una perspectiva muy prometedora, pero no tenía otra.

Tampoco los niños que había conocido la víspera se borraron de su mente a lo largo de la jornada. El chavalillo con una sola oreja, el Cadáver con sus ojos ciegos y albos, el chiquillo que llevaba la capa de terciopelo, Senia, el chuvasio. Y, al evocarlos, era consciente de que no habría sido capaz de dejarlos en aquel albergue. También era consciente, lo era tanto que un escalofrío le sacudió el vientre, de que tal vez Bélaya estuviera en lo cierto. Ciertamente, el responsable del convoy no era un modelo de firmeza en aquellos momentos.

Ocupado en tantos afanes, a la vez que absorto en sus pensamientos, Déyev no se percató de que ya oscurecía. Ahora aquella larga jornada llegaba a su fin y todos los ajetreos del día habían quedado atrás: la encarnizada pugna por las estufas, el carbón, el queroseno, los víveres, los peroles y los cucharones, los cubos y las palas, los tornillos y las cuerdas,

los sacos, las calderas, la mejor locomotora del depósito y el maquinista menos amigo de empujar el codo... Había llegado la noche, la última noche antes de ponerse en camino.

No obstante el cansancio, Déyev no podía quedarse en el compartimento, ni mucho menos conciliar el sueño. Después de rodear el convoy y advertir a todo aquel que se encontrara de que al día siguiente iban a madrugar, deambuló un poco más y se detuvo, inquieto, junto al coche principal. Sujetó de las agarraderas junto a las puertas, primero, y de los soportes de las lámparas, después, se fue encaramando, apoyó los pies en el coche siguiente, se impulsó y trepó al techo del coche de pasajeros.

El metal húmedo estaba resbaladizo y frío. Déyev no era hombre de andar paseando por las alturas. Avanzó a duras penas hasta el centro del coche y se sentó apoyando la espalda contra la chimenea de la estufa.

Ya era noche cerrada. Los carriles de las vías corrían a la derecha de Déyev despidiendo escasos reflejos de luz. Más allá brillaban las luces de la estación de ferrocarriles. Y aún más lejos tintineaban, más pequeñas aún, las luces de la ciudad. A la izquierda, tras el follaje de los sauces y los edificios de servicio repartidos como bultos en la oscuridad, se adivinaba la inabarcable extensión del río Volga. Por encima de su cabeza, el cielo de octubre estaba sereno.

La humedad que impregnaba el aire se fue depositando en el rostro y los hombros de Déyev, amenazando convertirse en llovizna. Se abrazó las rodillas y decidió esperar allí rezadamente a que una estrella, siquiera una, se dignara aparecer en aquel cielo de un negro impenetrable.

El convoy aún no dormía. A ambos lados de cada coche se dibujaban en el suelo los pálidos cuadrados de la luz que se derramaba por las ventanillas. Alguien trajinaba quedamente en la cocina: por lo visto, Memelia le estaba sacando brillo a los peroles que le habían sido confiados. Con las manos a la espalda, el enfermero Bug había salido a dar un paseo junto a

las vías. El ruido de sus pasos sobre la gravilla acabó perdiéndose en la penumbra. Dos de las mujeres bajaron del tren en silencio. En lugar de apostarse en el lado del convoy donde el suelo estaba hollado y había más espacio, se fueron al lado contrario, donde había maleza y basura. Allí, entre susurros y risitas, encendieron unos pitillos en secreto.

Al rato, cuando se les agotaron el pitillo y las risas, una de ellas comenzó a cantar en voz queda. La canción era melodiosa y tierna y Déyev tuvo ganas de que la mujer cantara más alto, pero se abstuvo de pegar un grito en medio de la noche y asustarla. El viento se llevaba la mitad de las palabras, mientras que Déyev apenas comprendía la otra, porque la hermana estaba cantando en lengua tártara. Y, sin embargo, sorprendentemente entendía el sentido de la nana:

*Duerme, niño mío,
duerme y despierta siendo ya un hombre.
Ya está ensillado el corcel y tirantes las riendas.
Los tiempos te convocan. Te esperan los pueblos.*

Déyev sintió el intenso deseo de que fuera Fátima quien cantara, pero le resultaba imposible distinguir el rostro en la oscuridad.

*Hollarás los caminos.
Arrasarás a los enemigos.
Duerme, ¡duérmete pronto y despierta siendo un hombre!
¡Oh, hijo mío!
Sangre de mi sangre, ¡hijo mío querido!*

El cielo seguía impenetrable. Ni una nube, ni un lucero, ni un solo rayo de luna lo atravesaba. ¿Cuánto iba a tener que esperar allí la aparición de una estrella? Déyev se encogió y siguió mirando hacia lo alto, al algodón de azabache que era el cielo. Esperaba.

Las botas—mil piezas: quinientas del pie derecho y quinientas del izquierdo—crujían sobre la calzada de adoquines. En la ciudad todavía oscura y dormida, el ruido que hacían era muy notable y, por lo tanto, llenaba toda la plaza Rybnoriádsкая y las calles y callejuelas adyacentes, a la vez que ahogaba las llamadas de los almuecines al rezo y los pasos de los escasos transeúntes. Quinientos pares de pies se arrastraban por las piedras, incapaces de apartar las suelas del pavimento.

Las botas de los soldados de caballería eran tan grandes que algunos de los niños habrían cabido enteros en ellas, hundida la cabeza en la altísima caña. Por eso avanzaban despacio, sujetando con las manos las botas que les llegaban casi hasta los sobacos, en una procesión que se estiraba por la calle como una larga tripa. A veces, alguno rodaba por los suelos por haber tropezado con el saliente de algún adoquín y entonces la tripa entera quedaba paralizada y esperaba pacientemente a que los adultos ayudaran al caído, porque calzados de esa guisa los niños eran incapaces de levantarse del suelo por sí solos.

Con todo, los adultos capaces de ayudar eran muy pocos. Déyev abría la procesión que cerraba Shapiro, mientras que algunas colaboradoras del albergue de evacuados se agitaban por los flancos. También estaban los soldados a caballo, pero éstos lo tenían muy difícil para socorrer a nadie. Iban subidos a las sillas, mudos y severos, con los mentones hundidos en el cuello de los capotes. Cada uno de ellos llevaba un fusil a la espalda y, de la cintura, le colgaba un sable envainado. Por debajo de los capotes, eso sí, asomaban los pies descalzos.

Déyev tuvo la impresión de que a los soldados de caballería les daba un poco de apuro ir tan bien equipados de abrigo cuando aquellos niños harapientos iban vestidos con trapos viejos o envueltos en jirones de gobelinos y cortinas. A Déyev lo complacía ir andando junto a ellos, en lugar de es-

tar encaramado a una cabalgadura. Lo apenaba, no obstante, no haber podido compartir sus botas con alguno.

En la cola de la procesión iba el vehículo que llevaba a los yacientes. A los enfermos los habían colocado muy juntos uno al lado del otro a todo lo largo del carro, como leños apilados en el leñero. Cupieron todos y, de hecho, hasta quedó sitio para un par de niños más. También la carreta en la que habían traído aquella mañana las botas fue utilizada para llevar a los niños de uno y dos años.

Llegar a la estación de ferrocarriles les tomó un tiempo insoportablemente largo. Ya clareaba el alba, las calles se iban llenando de transeúntes y tranvías, las sirenas de las fábricas habían sonado una, dos y tres veces, y la tripa que formaban los niños continuaba arrastrándose a duras penas por la calzada. Detrás de ella se había ido formando una cola de niños de la calle a los que había que estar ahuyentando para que no se colaran en la fila, lo que distraía a los adultos y ralentizaba aún más el paso de tortuga de la procesión. Las dos horas concedidas a Déyev habían transcurrido ya, y él no dejaba de lanzar miradas a los soldados de caballería, temeroso de que pudieran dar de repente a los niños la orden de descalzarse en medio de la calle para recuperar lo que era propiedad del Ejército. No obstante, montados en sus caballos, los soldados se mostraban imperturbables. Déyev se puso a meterles prisa a los niños para que apretaran el paso: los mayores se revolvieron indignados: «¡Ya vamos bañados en sudor de tanto cojear!», protestaron. Los más pequeños, en cambio, obedecieron, pero al acelerar la marcha comenzaron a tropezar y caer. También Déyev iba todo sudado, a pesar del intenso fresco matinal, pero habría sido difícil establecer si sudaba debido al esfuerzo o por la preocupación que le generaba la palabra dada que no había podido cumplir.

Por fin alcanzaron el edificio de la estación. Ahora quedaba cruzar las vías (por su propio pie los que se valieran por sí mismos; en andas los enfermos y los más pequeños) y lle-

gar a la parte trasera del depósito de agua, donde esperaba el convoy. Después, sería cuestión de meterlos a todos en los coches, dar las gracias a los camaradas del cuerpo de caballería y decirles adiós, muy buenas, de una vez por todas. Pero no iba a ser tan fácil, no.

Moverse por las vías resultó una tarea imposible para los niños. Calzados con aquellas colosales botas trastabillaban entre las traviesas y tropezaban con los cascotes. El destacamento guiado por Déyev consiguió salvar un par de vías a duras penas, pero acabó atascado en medio de una urdimbre de vías formada por una multitud de líneas de acero y traviesas de madera. Ayudándose de los tacos que no paraban de masricular, los chicos más mayores se las apañaban para avanzar, pero los más pequeños caían a derecha e izquierda, dando volteretas y saltando unos sobre otros, saliéndose de las botas que les quedaban tan grandes. Déyev y Shapiro se agitaban como gallinas llamando al orden a sus polluelos, incorporando a los caídos, recogiendo las botas que habían perdido, agrupando a los niños desparramados por las vías. No servía de mucho, porque apenas los ponían en pie, los niños volvían a rodar por tierra sin remedio. Desde las últimas filas, chiquillos hartos de esperar empujaban hasta conseguir colarse en las vías, pero enseguida se tropezaban y caían también entre los carriles. Resultaba imposible tanto detener la marcha como hacer retroceder la dispareja columna, de modo que la comitiva se fue desparramando por las vías, expandiéndose sobre los carriles desde el andén principal hasta las vías del fondo.

La sirena de una locomotora de maniobras sonó a la derecha. Por la izquierda tronó una locomotora de vapor, el maquinista clavó los frenos, el acero chirrió contra el acero y el hocico de la locomotora asomó en lo alto, como al alcance de la mano. Déyev alcanzó a pegar un salto levantando los brazos para hacerse notar, mientras protegía a los niños con su propio cuerpo. La locomotora avanzó aún unos metros, basculando entre nubes de humo y vapor.

—¡Idiota!—gritó el maquinista asomado a la ventanilla y rojo de ira—. ¡Saca a esos chiquillos de ahí!

Pero ya la locomotora había parado y Déyev, sin entretenerse en dar la réplica al maquinista, corría a reunir a los niños otra vez...

La locomotora de vapor tuvo que esperar. Y lo mismo le sucedió a la locomotora de maniobras y a un par de dresinas en las que se trasladaban operarios. Todas las máquinas y mecanismos quedaron inmóviles sobre las vías cediendo el paso a los niños.

La Guirnalda esperaba en el mismo sitio donde pasó la noche, pero ahora llegar hasta ella se había hecho más difícil. Un tren de mercancías, cuya llegada no se sospechaba esa mañana, ocupaba la vía aledaña. Para llegar a sus coches, los niños debían avanzar por el largo corredor que se había formado entre los dos convoyes.

Un comité de recepción esperaba a los futuros pasajeros en el acceso al corredor de marras. Allí estaba Bélaya junto a una mesa de patas curvas y lacadas que a saber de dónde había salido (todo parecía indicar que procedía de una requisa en el bar con el que contó la estación en el pasado). Sobre la mesa había un montón de hojas de papel. Un trozo de ladrillo las sujetaba para evitar que se las llevara el viento. Al lado de la mesa, sentado sobre una caja a la que había dado la vuelta, también esperaba el enfermero Bug, que se había puesto la bata blanca por encima de la guerrera. También esperaban, firmes e inmóviles, las mujeres. Formaban una fila y en sus rostros se adivinaba idéntica tensión. Tan sólo una de ellas se había apartado de la fila y, apoyada en la mesa, empuñaba un lápiz.

—¿Qué demonios es esta notaría que habéis montado aquí?—protestó Déyev, que llegó el primero al convoy. Venía bañado en sudor por el ajeteo en las vías.

Detrás de él venían jadeando los niños mayores, que eran también los más resistentes y los que tenían las piernas más largas. A éstos los seguían a duras penas otros más pequeños, mientras que los más pequeñitos de todos se arrastraban al final de la procesión, animados por Shapiro y sus colaboradores. Los soldados de caballería cerraban la marcha, fieles a su papel de acompañantes.

La comisaria apenas miró a Déyev y chilló de repente de tal manera que su voz reverberó entre los convoyes y resonó el eco:

—¡Camaradas niños, adolescentes y jóvenes! Soy la comisaria Bélaya...

A Déyev lo estremeció la fuerza de la voz de la comisaria. Los niños y los adolescentes no parecieron impresionados, sin embargo.

—Comisaria, comisaria, llévanos al meadero, anda—la interrumpió enseguida uno de los zagales.

Era uno en el que Déyev ya había reparado antes en el albergue, el que tenía una sola oreja.

Bélaya miró fijamente al responsable de la insolencia, como si con la mirada lo marcara con un sello indeleble.

—¡Formen fila!—ordenó—. ¡Bien juntos, la vista fija en la nuca de quien tienen delante! ¡No quiero empujones ni juramentos! ¡Y de uno en uno me van pasando por el doctor! ¡Y las camisas se las sacan! ¡Andando!

—¿Cómo que de uno en uno?—protestó Déyev—. ¡Pero si tengo que devolver las botas ya! ¡Se lo prometí al jefe de la Academia!

El sol ya se había levantado sobre los álamos que rodeaban la estación de ferrocarriles y se deslizaba a toda prisa por el cielo descolorido. Debían de pasar ya de las nueve de la mañana. Serían, lo menos, las nueve y cuarto. Pero Bélaya se limitó a poner la mano en el hombro de Déyev y apretarlo suavemente. Le daba a entender que la devolución de las botas no era lo más importante en aquel momento. El hom-

bro de marras ardió como si le hubieran colocado un emplaste de mostaza. Déyev clavó los ojos en los dedos femeninos que rodeaban la manga de su guerrera: eran largos y acababan en uñas rosadas y parejas.

—¿Y tú te sacarás también la camisa?—inquirió el de una sola oreja, que parecía incansable—. ¡Echaría un vistazo con gusto a lo que tengas debajo!

Su descaro animó a sus compañeros, que se lo elogiaron con entusiastas exclamaciones y silbidos.

—¡Menos medicina y más margarina!

—¡No me quiero curar! ¡Lo que quiero es mear!

—¡Dejadnos mear u os vais a cagar!

—No os lo voy a pedir por favor—dijo la comisaria con voz firme, masculina—. El que no quiera pasar por el enfermero que salga de la fila. Todos los listos, los quejicas y los folloneros, todos los graciosos, ¡se me ponen aquí!—Bélaya apartó la mano del hombro de Déyev (¡y el hombro continuó ardiendo!) y señaló con el dedo a algún punto ubicado en la cabeza del convoy, al lado del coche cocina. Y añadió: Todos los orgullosos, los desobedientes, se me ponen aquí también. Porque se quedan en la ciudad.

Las palabras pronunciadas por la comisaria iban dirigidas a todos, pero las dijo con los ojos clavados en el chico de una sola oreja y echando la cabeza ligeramente hacia atrás, lo que la hacía parecer aún más alta.

Éste, entretanto, también la miraba fijamente con sus ojos insolentes y completamente adultos, ojos de un intenso color azul en un rostro moreno. El cuerpecito del chiquillo era huesudo y pequeño y las piernas las tenía tan curvadas que parecían casi más cortas que el tronco. Tendría unos diez años, pero también se le podían echar catorce.

—A los demás se les dará de comer en cuanto suban a los coches que se les asignen. ¿Qué tenemos hoy, camarada cocinero?—preguntó Bélaya pegando un puñetazo en la puerta de la cocina, que se descorrió obediente para que asoma-

ra la cabeza Memelia, tocado con un gorro blanco y sucio, con un perol en las manos, y pronunciara unas palabras incomprensibles.

—¿Lo habéis oído?—dijo Bélaya enarcando las cejas para cargar de intención sus palabras—. ¡Un manjar en toda regla!

La visión del cocinero y el perol animó a la chiquillería, que rugió entusiasmada. Los mayores, no obstante, continuaron con sus puyas, aunque a sus voces ya asomaba el contento.

—¡Está en los huesos el cocinero ese!—se burlaron—. ¡A ver si se va a caer en la olla!

—¡Qué nos cueza unas buenas gachas! ¡Espesitas, por favor!—reclamaron desde el fondo—. ¡Queremos gachas, muchachas!

—¿Nos darán un poco de tabaco de liar a los postres?—insistieron los mayores con sus chanzas.

Pero a la vista estaba que se las veían y deseaban para aguantar las ganas de abalanzarse sobre el enfermero para que los examinara de una vez y correr a los coches del convoy.

—¿Y farlopa?—siguió el de una sola oreja intentando hacerse oír sobre las voces de los demás—. ¡Sin farlopa, nos hundimos por la popa! Y con farlopa...—e hizo una pausa, recorriendo a sus compañeros con la mirada para dar mayor efecto a la broma, como habría hecho un actor experimentado—, con farlopa hasta tú parecerías una tía, comisaria.

Las risotadas sacudieron las primeras filas. La broma corrió de boca en boca acompañada de burlas y exclamaciones.

—¡Cómo no te da vergüenza, Griga!—lo sermonó Shapiro, que se había adelantado a la carrera y agitaba las manos como si quisiera taparle la insolente boca ella misma.

A Griga ese gesto no lo amilanó. Bien al contrario, se mostró retador.

—A mí la pregunta me ha parecido muy pertinente, por cierto—la regañó Bélaya, y levantó el brazo para hacer callar a

la alebrestada muchedumbre—. ¡Vaya si es pertinente!—añadió, y avanzó entre los chavales mirando fijamente a los ojos a los que más reían—. Y la respondo con mucho gusto: en el convoy no habrá ni farlopa, ni perico, ni merca, ni polvos de oler, ni tiza, ni harina, ni soda, ni ninguna otra mierda que os metáis por las narices. Y al que yo descubra con semejante mercancía, lo arrojo fuera del tren. ¡Y sin frenar la marcha, eh! Al drogata que pille, lo expulso con el tren en marcha. ¡Que lo sepáis todos!

—¿Y qué pasa si no quiero saltar del tren en marcha?—preguntó Griga, el de una sola oreja, que se resistía a perder la sonrisa.

—Entonces abre tú mismo las visitas al enfermero—lo instó Bélaya, asegurándose de que toda la concurrencia oyera sus palabras. Y añadió enseguida, antes de que el otro pudiera reaccionar—: ¿O es que te has hecho caquita?

Sin dejar de sonreír, Griga lanzó un escupitajo. Lo hizo con estilo: sin apretar los labios ni separar los dientes. Miró al cielo histriónicamente, como si meditara una decisión difícil, echó a andar con paso lento, levantando apenas los pies del suelo, hacia el lugar donde esperaba el enfermero.

Aun sentado, el enfermero Bug parecía una montaña al lado del cuerpecito enjuto del chaval. Sin especial entusiasmo, Griga se quitó la camisa, ofreció su barriga flaquéisima y se dejó voltear a uno y otro lado, mostrando sus flancos llenos de verdugones y arañazos de diversa antigüedad. Cuando Bug colocó sus zarpas sobre la cabecita del chaval para examinarle los ojos y la boca, éste pareció haberse esfumado definitivamente. Pero pronto emergió, ya al otro lado de la mesa. El examen médico había concluido.

—Y ahora entrega toda la mercancía de contrabando que llevas encima—le ordenó entonces Bélaya. Y volviéndose a una de las mujeres, le dijo—: Ayúdalo.

Desconcertado y con los ojos como platos, el chico volvió del revés los bolsillos de la vieja chaqueta enguatada que lle-

vaba y los agitó como dos alas para que se viera que los llevaba vacíos. Seguidamente, y buscando las risas de los espectadores, se hurgó en la única oreja: también la llevaba vacía. Después se bajó los pantalones de improviso y cogiéndose con las manos los flacos testículos los levantó y movió de lado a lado dando entender, ¡y que se viera bien!, que tampoco allí llevaba nada. Las primeras filas estallaron de puro contento, mientras que las del fondo se sacudieron intrigadas, porque no alcanzaban a distinguir lo que estaba ocurriendo en la vanguardia.

La mujer, seguramente a instancias de Bélaya, hizo ademán de cachear al insolente, pero éste se puso a chillar como un cerdo en señal de protesta.

—¡Hace cosquillas! Mejor que venga a registrarme la comisaria, que se ve que tiene más práctica.

Bélaya se aproximó a la mesa, pero se ubicó a un lado para que la concurrencia pudiera asistir a la escena que se iba a desarrollar.

—¿Qué escondes en las botas?—preguntó.

—¡A ver si es que te has venido aquí directamente del campo de Solovki!—dijo Griga en tono de guasa—. ¿O te entrenaste en el paredón de otra cárcel todavía peor?

Después sacó de la bota el pie mugriento y lo colocó en la mesa encima de los papeles, ante las narices de la espantada ayudante. Movié los dedos en plan aquí veis lo que guardo en la bota y más nada que esto. Una pulga regordeta cayó del pie sobre los documentos y corrió hacia el borde de la mesa.

—¡Tengo ahora mismo descalza a toda la Academia Militar!—saltó Déyev—. ¡Esas botas hay que devolverlas inmediatamente! ¿Qué juegos idiotas son éstos?

Sin decir palabra, Bélaya se inclinó con un rápido movimiento y cogió la bota vacía. El mohín burlón se borró del rostro de Griga, que intentó impedirse, pero el pie que tenía sobre la mesa lo traicionó y cayó al suelo. Bélaya no perdió el tiempo: ya sacaba del fondo de la bota un ama-

sajo de trapos. En medio, envuelta en papel de periódico y tela, había una cuchilla. Bélaya alzó el brazo, empuñándola, para que toda la chiquillada, enmudecida de repente, la viera bien. Seguidamente, la arrojó sobre la mesa. Y sólo después le dedicó a Déyev una mirada cargada de significado: ésa era la respuesta a la pregunta que él le había formulado.

—En este tren sólo hay una persona armada—dijo con énfasis—. Déyev, enséñala.

Déyev se sacó el revólver del bolsillo y lo mostró a la concurrencia levantando el brazo como Bélaya acababa de hacer con la cuchilla. Y, como ella, lo mantuvo unos instantes en alto. Algunos niños silbaron admirados.

Mientras, Griga se levantó del suelo. Con su única oreja, el chaval ya no parecía el mismo: el brillo de sus ojos, escondidos ahora bajo las pestañas, se había apagado; su cabeza se había hundido entre los huesudos hombros; su cuerpo, ya enjuto, se había jibarizado aún más. Sin molestarse en sacudir el polvo de la ropa manchada, dio una patada al aire con el pie todavía calzado y la bota voló girando sobre sí misma en dirección a Bélaya, aunque sin alcanzarla, y acabó cayendo a sus pies.

—Tú eliges: la cuchilla o el tren.

—No es una simple cuchilla—balbuceó Griga con voz ahogada—. Se llama Zeks. Y llevamos juntos tres años.

Sus cejas y labios temblaban. El mentón se le había arrugado y daba grima. Era imposible que aquel niño tuviera catorce años cumplidos. Puede que no tuviera ni diez.

—Coche número dos—cortó la conversación Bélaya, y le dio la espalda.

—No tienes derecho a privarme de lo que es mío—porfió él detrás de ella, pequeño, lastimoso, con la vista clavada en su querido Zeks, que se resistía a abandonar en aquella mesa—. Estás siendo injusta, comisaria.

Bélaya ni siquiera lo miró, pero pronunció con voz firme y bien alto para que todos la escucharan bien:

—Aquí el que manda y arrolla es el que más grande tiene la polla.

—No lo dirás por ti...—le espetó amargamente Griga a la espalda de la comisaria.

—Por supuesto que lo digo por mí—respondió Bélaya, y sus palabras no iban dirigidas tanto a él como a toda la concurrencia que esperaba su respuesta como petrificada.

—¡Directora, directorcita mía!—clamó de repente Griga con una voccecita melosa mientras una mueca de genuino dolor le torcía el semblante—. ¡Shapiro nuestra! ¡Shapirita, cariño mío! ¡Como a una mare te lo pido! Coge mi cuchilla y guárdamela. Usted es una buena mujer. Usted salva a los niños. ¡Salve a mi Zeks también! ¡Un día volveré de Turquestán y lo primero, lo primerito que haré será correr a verla, a recoger a mi Zeks!

Bélaya asintió con la cabeza mostrando su conformidad y Shapiro, incómoda y pálida por la emoción, tomó la cuchilla por el filo, de modo que a punto estuvo de cortarse, y se la guardó en el ajado bolsito que llevaba.

Las cosas fluyeron deprisa a continuación. En la fila que avanzó hacia la silla donde esperaba el enfermero todos llevaban la camisa levantada y la lengua fuera. Los pinchos, los clavos y las navajas se fueron amontonando en la mesa. Las mujeres corrían a lo largo del convoy distribuyendo a los niños por los coches: los más pequeños en un coche; los mayores, en otro; las niñas, en un tercero. De tanto en tanto, Bug dejaba escapar un suspiro y hacía una señal a Shapiro. Ésta entonces apartaba a un lado a aquel cuyo estado no convenía al enfermero. Esos desdichados tendrían que permanecer en Kazán, el único viaje que emprenderían ese día los conduciría al hospital metropolitano.

Bélaya iba de un lado a otro por el estrecho corredor entre los dos convoyes. A los más pequeños los empujaba hacia delante, animaba a los que estaban exhaustos, encajaba las bromas de los mayores y les respondía con ingeniosas ocurren-

cias de su propia cosecha, impartía órdenes, chillaba, agitaba los brazos: volaba como un pájaro enorme. Su semblante la mostraba inspirada y feliz.

Déyev, por su parte, iba llevando a los peques que el carro había dejado en la plaza de la estación. Cruzaba las vías con ellos en brazos hasta La Guirnalda. Los soldados de caballería lo ayudaban. Sin bajar de sus cabalgaduras, izaban a los chiquillos que Déyev les alcanzaba. Lo hacían torpemente, separando los codos del cuerpo para llevar los cuerpecitos en vilo, como bayonetas, y apretando suavemente los ijares de los caballos con sus talones descalzos. Las bestias, que apenas podían andar por las vías, iban tentando el suelo con los cascos. Más bien parecía que nadaran sobre las vías del ferrocarril, llevando a los jinetes y su disparatada carga.

El hombro sobre el que Bélaya había puesto la mano fugazmente no se había enfriado. Déyev se las veía y deseaba para ignorar el inexorable paso del sol que avanzaba hacia el cenit.

Cuando todas las criaturas de uno y dos años fueron instaladas en el convoy—se decidió acomodarlas en el coche principal, donde estaban los compartimentos más confortables y se estaba más cerca del lavabo—, llegó la hora de ocuparse de los yacentes. Hacerlo requería cierta picardía: la necesaria para conseguir subirlos al tren hurtándolos al escrutinio de Bug, que desconocía que estaban cargando también con enfermos que guardaban cama. Déyev no se había decidido a confiárselo, temeroso de recibir una firme negativa.

Bug tampoco sabía que Déyev pensaba alojar a los yacentes en la enfermería, de ahí que éste se estuviera ocupando personalmente de trasladarlos sin pedir ayuda a nadie, ni siquiera a los soldados de caballería. Actuaba como un genuino contrabandista: de camino a La Guirnalda se sumergía en los salcedos y andaba entre las pilas de escombros para abordar el convoy por la retaguardia. Iba rodeando el convoy por la par-

te posterior, y corría deprisa y con pasos silenciosos para acceder al coche enfermería sin ser visto desde el emplazamiento del control. Una vez dentro del coche acostaba a los niños en las literas con cuidado—las niñas a la izquierda; los niños a la derecha—y corría a por más.

Aquellas criaturas eran ligeras como el papel. Y, al tacto, estaban frías como lagartos. En sus cuerpos ingravidos casi no quedaban fuerzas para levantar los brazos o las piernas, o colocar convenientemente la cabeza. Para llevarlas Déyev habría podido optar por hacerlo en bultos de dos o tres, pero pensó que habría sido incorrecto cargar con ellos así. De modo que los llevó de uno en uno en brazos y sin parar de susurrarles: «Servirán las gachas muy pronto... Pronto servirán las gachas... Pronto, pronto, pronto habrá gachas...». Los niños no decían nada y Déyev evitaba mirarlos a la cara, porque no podía soportar la mirada idéntica de todos aquellos niños: una mirada que dejaba ver la sabiduría de un anciano, a la vez que ostentaba la más absoluta indiferencia. Ningún niño debería tener una mirada así. De hecho, nadie debería mirar de esa manera.

Cada vez que tomaba a uno de los niños en brazos, Déyev entornaba los ojos involuntariamente. Y sentía vergüenza de hacerlo: ¡no estaba cargando un monstruo! A veces se obligaba a mirar al niño que llevaba, se asomaba a sus ojos cansados e insensibles. Intentaba sonreírle, darle ánimos. Pero no era una sonrisa sino una mueca lo que se dibujaba en sus labios, que, por alguna razón, habían dejado de obedecerlo.

El sudor había calado hasta el último pliegue de su cuerpo, como si hubiera estado cargando sacos de grano. No era, sin embargo, el sudor puro y caliente que habría brotado por el esfuerzo de cargar a los niños en las primeras horas de la mañana, sino un sudor frío y pegajoso, una sudoración que no se secaba. También sus dedos estaban gélidos, como si las criaturas que cargaba lo hubieran contagiado de alguna enfermedad que enfriara el cuerpo.

Sólo ahora que cargaba en brazos aquellos cuerpos ingravidos, Déyev cobró conciencia de lo frágiles que eran. Sus huesos parecían quebradizos como chamarasca. Su piel era suave como una telaraña. Había que cuidarse de cualquier movimiento que pudiera acabar, por un descuido, en la fractura de una vértebra o el hundimiento de una costilla. Todo en ellos asustaba: si abrían los ojos (¿qué ha pasado?) o si los cerraban (¿los volverán a abrir?), si se les aceleraba la respiración (¿les dolía algo?) o si se les ralentizaba (¿han dejado de respirar?), si se estaban muy quietos o si se agitaban...

Algunos hablaban. Al principio, a Déyev lo alegró ese síntoma de vida tan evidente. Pero el contento lo abandonó en seguida.

—Hoy comí miel—le dijo con nítida voccecita una de las niñas mientras la llevaba en brazos.

—¡Qué bueno!—se alegró Déyev—. ¿Y quién te la dio?

La niña hizo oídos sordos a la pregunta y continuó:

—Tres libras enteras me comí. Y ayer me zampé cuatro. Ah, y anteayer conseguí comerme cinco libras. Habría comido un poco más, pero la cera se me mete en los dientes y molesta tanto...

Déyev le miró las piernecitas, que llevaba entrelazadas y recogidas contra el pecho, los ojazos negros bajo los arcos extraordinariamente poblados de las cejas, la boquita apretada como un botón, y pensó que aquella niña, en verdad, se parecía un poco a una abeja. Pesaría sólo unas treinta libras.

—Y me bebí un barril entero de melaza.

Déyev avanzaba con la niña en brazos y se limitaba a asentir. Tenía miedo de decir algo y que le temblara la voz.

—Tú eres aquí el jefe, ¿verdad?—preguntó la niña mirándolo con sus ojos limpios.

Déyev asintió con la cabeza nuevamente.

—¿Me darás de comer?

Asintió otra vez.

—¿Y me darás miel?

—Primero, unas gachas—dijo Déyev—. Muy pronto te daré esas gachas, Abejita...

Los motes iban surgiendo por sí solos. La mente de Déyev, pese a andar justa y espesa después de dos noches sin dormir, iba construyendo esos absurdos remoquetes cada vez que tomaba a un niño en brazos. El de Naricitas recayó en un chiquillo con una nariz grande y ganchuda, que era el único que resaltaba en su carita pequeña y huesuda. La Sal timbanqui le tocó a una cuya piel se había descolgado de tal manera que recordaba las mallas de un traje de circo que le quedaran demasiado grandes a quien las llevara, y el Planchito le fue adjudicado a un chiquillo con una enorme mandíbula inferior, que tenía unos ojos caídos y permanentemente cerrados... Daba mucha vergüenza inventarse aquellos motes, pero ¡quién podía sujetar la mente en aquellas circunstancias!

A Senia, el chuvasio, Déyev decidió llevarlo el último, porque podía empezar a chillar y poner su treta al descubierto. Pero ese día el chico estaba sorprendentemente tranquilo desde que salió del albergue permaneció tumbado y en silencio, despierto, sobresaltándose a veces y arrancando de su cuerpo los insectos, los reales y los imaginarios. Después se los comía.

Déyev sólo se dio cuenta de ello cuando conducía al niño al convoy en brazos, porque éste no paró de hurgar en busca de insectos durante el traslado. Fuerzas le quedaban pocas, de modo que sus movimientos eran calculados y precisos. Sólo movía las manos que avanzaban por su cuerpo dando saltos, de arriba abajo, buscando el botín. Su rostro, entre tanto, permanecía imperturbable y su cabeza, inmóvil. Cuando atrapaba un insecto, Senia se llevaba los dedos a la boca y los rodeaba, presionando, con los labios. Seguidamente, su cuello daba una sacudida que enviaba a la presa al estómago y las manos volvían a ocupar su posición al lado del tronco.

—No hagas eso—lo regañó Déyev—. No te los comas.

Senia objetó con tristeza:

—Si no me los como yo, me comerán ellos.

—Ahora te servirán gachas—masculló Déyev su conjuro—. Muy pronto te darán gachas...

Cuando todos los enfermos estuvieron acomodados en la enfermería, Déyev, sin llamar, empujó la puerta de la cocina de campaña y se sumergió en su penumbra llena de cajas, sacos y ollas.

Frente a la mesa de despiece, Memelia se afanaba en cortar las hojas de zarzamoras que había recogido en el traspatio de la estación para hacer con ellas té o una infusión que hiciera las veces de té.

—Para la comida prepara unas buenas gachas—le ordenó Déyev—. Pero no empieces ahora. Pon el agua a hervir y espera un poco, porque el olor de las gachas cociéndose atraería a medio Kazán y no nos dejarían marchar de aquí. Pero en cuanto veas que el convoy se pone en marcha, arroja el grano al agua hirviendo. Y prepárame, camarada Memelia, unas gachas que estén... que sean... unas gachas que estén...

Incapaz de encontrar las palabras adecuadas, Déyev se limitó a apretar el puño en la cara del cocinero: las venas se hincharon, los huesecillos colorearon de blanco la piel que empujaban:

—¡Que estén así de buenas!—zanjó.

Al saltar a tierra desde la cocina de campaña, Déyev comprobó que la mitad de los chiquillos ya habían sido repartidos por los coches. El enfermero Bug no paraba de examinar las fauces abiertas, las mujeres llevaban a los niños a su lugar en el convoy como tejedoras: la chillona y desobediente población infantil iba encontrando acomodo en el seno de los vagones.

En cuanto apoyaban los pies en los escalones de los coches, los niños se sacaban las botas y la ropa del albergue:

los abrigos hechos de gobelinos, los chales hechos de manteles, las mantas hechas de cortinas y los trajes de disfraces y los tricornos. Todo ello, incluyendo también las botas, que iban apilándose en montones que de tanto en tanto eran cargados al carro que esperaba aparcado en la plaza de la estación, era propiedad del Estado y, por lo tanto, no procedía que los evacuados se lo llevaran consigo. Los niños que pasaban a la custodia de Déyev lo hacían descalzos y prácticamente desnudos.

Entretanto, la multitud en torno al convoy no había hecho más que crecer. Aparecieron como por ensalmo montones de niños abandonados y se agolparon muchos adultos, lo mismo vecinos de la ciudad que gente venida del campo. Creyeron que iban a descargar víveres y que podrían hacerse con alguna manzana o galleta que cayeran al suelo. O que descargarían carbón y se podrían llevar un puñado. Otros pedían ser aceptados como compañeros de viaje, que los llevaran hasta Sergach, aunque tuvieran que viajar sujetos a los frenos. Había también padres que intentaban colar a sus hijos en el convoy. Toda aquella gente se agolpaba junto a los coches y pugnaba por hacerse notar en medio del barullo general. También estaban allí los soldados de caballería, que habían recibido la orden de permanecer vigilantes hasta que el último par de botas fuera devuelto.

Ya hacía rato que habían traído la locomotora desde el depósito. Allí estaba bufando y humeando desesperadamente, cubriendo la escena con nubes grises y blancas. Esas nubes corrían por el estrecho corredor entre los dos convoyes, rodeando a veces las cabezas de los soldados de la caballería y dejando a la vista sólo sus hombros y las jetas de los caballos.

Pronto se dibujó entre aquellas nubes la silueta de un jinete que no vestía una sencilla chaqueta o llevaba la cabeza cubierta por una *budiónovka*, como el resto de los miembros del destacamento que velaba por el desarrollo de la operación. En lugar del gorro militar bolchevique, éste iba tocado

por un gorro alto de piel de caracul y llevaba una flamante guerrera. Era el comandante de la Academia, que había acudido en persona.

Déyev se quedó de piedra al verlo. Levantó los ojos al cielo: el sol había alcanzado el cenit.

Entonces se inclinó, haciendo ademán de ir a atarse un cordón de la bota, y se escabulló, andando en cuclillas, bajo el vagón y pasó al otro lado, al de la retaguardia. En lo que la nube de vapor se disipó en el aire, se desvaneció él también.

El comandante, que avanzaba lentamente entre los convoyes, observando el ajetreo que se traían todos allí, no alcanzó a verlo. Todavía no le había dirigido la palabra a nadie, pero saltaba a la vista que buscaba a alguien. A Déyev, naturalmente.

Déyev, por su parte, también observaba al comandante o, más bien, las patas de su caballo. Aún en cuclillas, se movía a lo largo de la parte posterior del convoy, observando el reposado movimiento de los cascós por detrás de las ruedas, sin atinar a decidir cómo debía comportarse en aquella situación.

¿Jugar al escondite, acaso? Eso habría sido una tontería irresponsable. ¡Y tampoco podía pasarse mucho tiempo escondiéndose detrás del convoy como un chiquillo! ¿Debía salir y dar la cara? En ese caso, el comandante mandaría que le devolviera todo el calzado inmediatamente dejando a la mitad de los chiquillos descalzos a la intemperie...

De modo que Déyev y el comandante continuaron moviéndose a lo largo del convoy, uno a cada lado. Pasaron junto al vagón tolva que cargaba el carbón y el minúsculo vagón cocina; junto al largo coche principal, que todavía conservaba huellas visibles de su pasado como coche de primera clase; junto a los cinco coches de pasajeros y el coche capilla, que ahora servía de enfermería. Con ese último terminaba el convoy, sin que a Déyev se le hubiera ocurrido alguna salida de su enojosa situación.

Las patas del caballo detuvieron su marcha. Se quedaron quietas unos instantes, agitando apenas los cascós. Tal vez el

jinete estuviera intercambiando unas palabras con alguien desde lo alto de la silla. O estaría pensando qué dirección tomar. O puede que...

—¡Ah! ¡Ahí está usted!—se escuchó su voz mesurada desde algún punto en lo alto.

Déyev levantó la vista: de pie sobre un vagón descubierto lo observaba atentamente el comandante de la Academia.

—¡Buenos días, camarada!—dijo tontamente Déyev, que continuaba sentado en cuclillas entre los montones de escombros y basura, con las manos apoyadas en la tierra, como un macaco en un zoológico.

Después se irguió, batió palmas para limpiarse las manos, se compuso el cinturón y golpeó un zapato contra el otro para sacudirse el polvo. Seguidamente saltó al encuentro del comandante y se puso en posición de firmes, listo para recibir toda suerte de reproches o, incluso, un severo castigo.

Era tanta la vergüenza que sentía que no sólo tenía encendida la cara, también las raíces de los cabellos, la nuca y hasta el cuello, perlado de sudor por el esfuerzo, le ardían sin remedio. Habría querido entornar los ojos, pero no se permitió tal alivio. Tenía que mirar a los ojos al comandante, y eso hizo, sin concederse siquiera el favor de parpadear.

El rostro del comandante denotaba señorío y altivez. Sus bigotes, que, de tan perfectos, parecían dibujados por un pincel, acababan en atusadas puntas. La postura de su cuerpo era ejemplar. Era un oficial de los de antaño, de los nobles. Un hombre así no faltaba a su palabra jamás.

—Camarada comandante de la Academia...—comenzó Déyev, aunque ahí paró, porque no se le ocurría ninguna disculpa que ofrecer.

Pero el comandante no lo escuchaba.

—Esto es para usted—pronunció secamente, y se sacó del bolsillo un paquetito envuelto en un trapo—. No creo que yo vuelva a necesitar esto, mientras que a usted le podrá prestar un gran servicio en su viaje.

Déyev deshizo el paquetito. Envueltos en un pañuelo de bolsillo encontró dos crucifijos de plata. Eran sendas cruces de San Jorge, las de primer y segundo grados.

—Le servirán para obtener alimentos y medicinas—continuó el comandante, que había dejado de mirar a Déyev y dirigía ahora su mirada a la lejanía, a la marea de chiquillos que avanzaba hacia la mesa del enfermero. Y añadió en seguida y con voz muy queda—: No las vaya a vender por una ganga.

Déyev asintió. A aquellas alturas, todas las palabras le parecían vacías, superfluas.

El comandante permaneció todavía unos instantes allí en silencio. Después chasqueó la lengua suavemente: una grapa oscura apareció junto a los peldaños por los que se subía al vagón. Era el caballo que acudía a la llamada de su amo. Éste saltó a la silla desde la plataforma del vagón, sin poner pie en tierra.

—Una cosa más—añadió de repente, como si acabara de recordarlo en medio de otras cavilaciones—: Hay un carro parado frente a la estación con quinientas camisetas. Es ropa interior que he traído para los pasajeros. Ya puede ordenar que las descarguen.

Quinientas camisetas eran un tesoro de un valor increíble, incalculable. Déyev se quedó pasmado.

—¿Qué dice? ¡Las traeré yo mismo!—gritó, y la sonrisa en su rostro era tan amplia que apenas se le entendía—. ¡Mil gracias le damos, camarada comandante de la Academia! ¡Inmensas gracias proletarias!

—No es a mí a quien se las ha de dar—le respondió secamente el comandante mientras se disponía a tirar ya de las riendas—. Los propios soldados lo decidieron así. Yo estuve en contra de que la Academia perdiera todas esas mudas de ropa.

Déyev se echó a reír como un tonto. No reía porque los niños fueran a estar abrigados (¡eso era una bendición!), sino

por el hecho de que se constatará la hermandad que unía a personas desconocidas pero a la vez próximas.

—No están lavadas—avisó el jinete desde lo alto de su calzagadura—. Se las acaban de quitar ahora mismo.

El comandante apretó los ijares del caballo, que salió al trote.

—¡Ah, las botas!—le gritó Déyev, recuperándose de repente—. ¡Si nos diera otra horita...!

Pero la espalda recta del comandante ya se alejaba, balanceándose al compás del trote...

Déyev cargó él mismo las camisetas arrugadas, de un sucio color blanco, zurcidas y remendadas, unas camisetas estropeadas. Y cada vez que cogía un bulto en brazos y lo llevaba a través de las vías, hundía su rostro sonriente en el montón de tela. Olían a picadura de tabaco, a intenso sudor de hombre, a vodka, a pan y a col amarga. Y olían a pescado también, y a jabón de alquitrán, a queroseno y a humo.

Y también le pareció a Déyev que estaban calientes. No, no es que se lo pareciera: es que calentaban de verdad.

El examen médico y el acomodamiento de los niños en los coches del convoy estuvieron concluidos a las dos de la tarde. Las caritas excitadas de los que marchaban aparecían como ramilletes en las ventanillas de los vagones. También los semblantes sombríos de los que habían sido rechazados—una docena en total—se dejaban ver por allí. Esos niños aguardaban a Shapiro, que corría por los coches dando instrucciones tanto a los niños que había tenido a su cargo como a las mujeres que a partir de ahora se encargarían de ellos. También los soldados de caballería esperaban a Shapiro para conducir a los que se quedaban hasta la plaza de la estación, subirlos a los carros y, sólo entonces, descalzarlos.

También la gente que se había congregado allí esperaba algo. En lugar de dispersarse y marcharse, se agolpaban en

un tumulto aún más apretado. Había niños de la calle merodeando por ambos lados del convoy y pugnando de tanto en tanto por colarse en los coches. El maquinista había tenido que echar a dos chiquillos del vagón tolva, donde se habían escondido entre el carbón esperando que el tren se pusiera en marcha. Bélaya también había pillado a otros dos escondidos bajo el coche principal. Déyev no podía llevar la cuenta de todos los que había agarrado en las zonas de acople, los techos y los frenos, de tantos que eran.

Había jóvenes madres con sus bebés en brazos que corrían buscando a las mujeres de aire más comprensivo para endilgarles a sus retoños:

—¡Llévate a mi churumbel! ¡Es ligerito y apenas come nada!

—¡Toma al mío! ¡Ya verás lo calladito que es!

—¡Coge éste! ¡Coge éste!

Había hombres curioseando por allí también.

—¿Se los llevan a cambio de dinero o los salvan porque sí?

—¡Como si alguien fuera a hacer algo gratis aquí!

—¿Adónde se los llevan, eh? ¿A China, a comer peces del océano?

—¡Dicen que se los llevan a América! Que allá también hay un océano de esos...

—Comienzan a llevarse a los niños, ¿será porque viene una guerra?

—¡Que venga la guerra! ¿Qué más da? Al menos no se pasaba hambre cuando la otra...

—¡Tengamos guerra, sí!

El clamor era como el que impera en el andén principal a la salida del tren principal a Moscú.

«¡Uhhhh!», rugía la locomotora, aclarándose la voz y tapando todas las demás con la suya. Su rugido ensordecía a todo el mundo.

Déyev iba de coche en coche repartiendo las camisetas.

Había decidido abrigar a todos los chiquillos de inmediato, sin esperar la salida. La calefacción de vapor funcionaba, pero la caldera trabajaba a duras penas, de modo que sin ropa ni mantas los niños se helaban. Además, al vestir de blanco a todos los pasajeros se los distinguía de los polizontes, de los niños de la calle, que no paraban de pugnar por colarse en algunos de los compartimentos de los coches.

Dos docenas de camisetas para los más pequeñajos y los lisiados, que habían sido instalados en el coche principal, donde regía Fátima. Después, poco menos de un centenar en cada uno de los coches de viajeros. El resto, un par de docenas, lo destinó a los que yacían en la enfermería.

A éstos, Déyev los dejó para el final. Pero no consiguió entrar adonde estaban, porque el enfermero Bug—el rostro livido, los labios apretados—le cortó el paso en la escalerilla que subía al coche.

—¿Y esto qué demonios es?—preguntó. Las aletas de la nariz se agitaban como las de un caballo asustado.

—¡Lo que ves! ¿O es que no está bien claro?—se le enfrentó Déyev.

De pie en la escalerilla, el enorme Bug, tan ancho de espaldas, parecía una nube colgada sobre Déyev, que en aquella situación se veía aún más pequeño de lo que en realidad era.

—¡No lo está, no!—gritó la mole—. ¡No podemos cargar con los enfermos!

—¡Pues déjalos tú!—le espetó Déyev, retador.

Apenas faltaban unos minutos para la salida. Estaba claro que no habría tiempo para apeaar a los pasajeros objeto de la discusión. ¿Dónde los iban a dejar en su estado? ¿Acaso los podían dejar allí entre los convoyes y a los pies de la marea de curiosos?

Déyev le clavó a Bug en la barriga el montón de camisetas. La violencia del gesto era superflua, porque la intención resultaba más que evidente.

—Yo he visto en medio siglo más muertos que los vivos

que has visto tú—le dijo el enfermero—. Y estoy seguro, segurísimo, de que éstos no sobrevivirán.

—¡Tú sólo dime lo que necesitas! ¡Lo calculas y me lo dices!—le replicó Déyev, y le clavó las camisetas en la barriga otra vez, aunque nuevamente por gusto—. Dime qué medicamentos quieres, si te hacen falta leche, huevos, aceite de pescado... ¡O miel, incluso! Y yo te busco lo que sea. ¡Y te lo traigo! Yo, si es para mí, no me rompo los cascos, pero si el necesitado es otro, ¡soy una fiera!

El enfermero se limitó a soltar un bufido cargado de desdén.

—¡Y tengo dinero, eh!—porfió al recordar los dos crucifijos de plata que guardaba en un bolsillo.

Y con ésas volvió a empujar las camisetas contra la barriga de Bug. ¡Como si se pudiera mover una montaña como aquella!

—Un día, sencillamente, dejarán de despertar—dijo Bug con voz apagada—. No escucharemos gritos, ni los veremos agitarse: no habrá sufrimientos de los que dar cuenta. Se irán en silencio, sin que se note. Un día no se despertará uno; después no se despertarán un segundo, un tercero, y así... Los primeros morirán antes de que el convoy toque Arzamas. Otros lo harán cuando estemos llegando a Samara o alejándonos de Oremburgo. A Samarcanda no llegará ni uno.

Mirando el rostro demacrado del enfermero, reparando en las arrugas tan marcadas que lo surcaban, Déyev creyó que podía tener más de setenta años.

—Los iremos enterrando junto a la línea del ferrocarril—continuó Bug en voz baja. Aunque la locomotora volvía a silbar ensordeciéndolo todo, Déyev escuchaba perfectamente cada una de sus palabras, como si sonaran en el interior de su propia cabeza—. Los cubriremos bien de tierra para que los perros no devoren sus cadáveres. Les daremos sepultura aprovechando la oscuridad de la noche, escondiéndonos de los demás niños. Tú cavarás las tumbas y yo cargaré con los muertos.

El silbido de la locomotora horadó los oídos de nuevo. —Tienes la obligación de salvar a esos niños—le dijo Déyev, sin esperar a que el silbido callara, porque tenía la certeza de que Bug lo escucharía bien—. Y eso es una orden.

Después depositó las camisetas a los pies del enfermero. Las dejó en un peldaño, sobre el polvo y el barro. Y se alejó deprisa.

La locomotora, entretanto, no paraba de rugir. Era como si se hubiera vuelto loca. Una columna de espeso humo salpicado de chispas salía de la chimenea y subía al cielo. Nubes de vapor blanco acariciaban sus flancos y se desparramaban acompañadas del ruido general. Las madres apretaban a sus bebés contra el cuerpo, mientras éstos lloraban a mares asustados por el estruendo mecánico. Algunas mujeres todavía pugnaban por colarles sus chillones hijos a algún responsable del convoy, que desde las plataformas de los coches las ahuyentaban con feroces gritos y agitaban los brazos rechazándolas. Los niños vagabundos, molestos por haber sido rechazados, les respondían silbándolas. Los caballos de los soldados de caballería, alarmados por el ruido, se encabraban y relinchaban con desgana.

Déyev se abría paso a duras penas para alcanzar el coche principal, en la cabeza del convoy. Avanzaba entre el barullo general, los gritos, el llanto y el estruendo. Allá delante, al lado de la locomotora, ya asomaba la vistosa gorra del jefe de estación, que se aprestaba a hacer sonar el silbato y dar la salida al tren.

—¡Hijo mío!—le dijo alguien tirándole de la manga—; ¡Sálvalo!

La que había hablado era una mujer con el semblante de una anciana. Llevaba junto al pecho un bebé envuelto en una tela de color carmesí. Sujetando con fuerza el codo de Déyev, intentaba darle la criatura:

—¡Llévate a este niño, hijo! ¡Aquí se me va a morir! ¡Llévatelo adonde sea! ¡A China! ¡Aunque sea a esa maldita América, llévatelo! ¡Sálvalo!

Déyev intentó zafarse de la mujer, pero sus dedos de hierro lo sujetaban como un cepo. Otra nube de vapor silbó a su paso por el andén envolviéndoles a él y a la mujer.

El convoy experimentó una leve sacudida. Sus huesos de metal rechinaron desde la punta hasta la cola. La locomotora había tensado los enganches.

—¡En marcha!—gritaron unas voces en la cabeza del convoy—. ¡Vamos! ¡Vamos!

Déyev no conseguía zafarse del agarrón de los cinco dedos de la mujer. Por todas partes lo asediaban firmes hombros y espaldas y él los empujaba abriéndose paso. Pero del codo, como una pesa de cincuenta kilos, seguía colgando la mujer, que se le aproximaba cada vez más y más; él sentía su aliento caliente e insoportablemente agrio en la mejilla, mientras ella empujaba el cuerpecito de la criatura contra Déyev y a punto estaba de colgársele del cuello y arrastrarlo por los suelos en medio de la multitud.

—¡Échame una mano, caray, camarada!—le gritó Déyev a uno de los soldados de caballería que tenía al lado. El grito desesperado parecía brotarle de las entrañas—. ¿No ves lo que está pasando? ¡Toda esta gente ha perdido la cabeza!

Y el muy burro, en lugar de sujetar a la insistente mujer por el cuello y permitir que Déyev se marchara, desenvainó el sable. El acero silbó en el aire y la mujer reuló espantada.

—¡¿Estás loco?!—gritó Déyev sujetando al caballo por las bridas.

El jinete se quedó petrificado con la espada mirando al cielo y sin saber qué hacer.

Pero ya las ruedas del convoy comenzaban a chirriar sobre las vías y Déyev echó a correr hacia el coche principal, despidiendo al jinete con un gesto de desdén.

—¡Llévate a mi criaturita, hijo mío!—le gritaba aún la mujer, que había quedado algo rezagada ahora—. ¡Llévatela! ¡Cógela! ¡Llévatela!

En su carrera, Déyev atravesaba la multitud enfervorecida, sorteaba sus brazos levantados y sus bocas abiertas, sumergido en aquel bramido inacabable. Y no se sabía por momentos si rugía la locomotora o si las gargantas de toda aquella gente emitían un único gemido ensordecedor.

Una mano salió de repente del coche principal. Era la punta de lanza de un brazo largo y fuerte que venía en su ayuda. Déyev la asió y la mano tiró de él ayudándolo a saltar a los peldaños de la escalerilla. Otro salto y se encontró junto a Bélaya en la plataforma del coche, las manos de ambos apretadas con fuerza, como si las estuvieran estrechando en un saludo.

Bélaya aproximó sus labios a la oreja de Déyev para salvar así el estruendo que había alrededor:

—¿Sabe cuántos niños hay ya en este convoy?—le preguntó. Y respondió ella misma—: Quinientos niños. ¡Ni uno más ni uno menos! Cualquiera fallaría al dar una cifra redonda pretendiendo que fuera el número exacto, pero esta vez es así...

Bélaya le sonrió. Era la primera vez que lo hacía desde que se habían conocido. Él no pudo responderle con una sonrisa. Habría querido. ¡Pero no le salía!

El vagón de tren, una mole de metal, vibraba bajo sus pies. Trepidaban las vías. El edificio de la estación, los árboles, los demás convoyes ferroviarios iban desplazándose lentamente hacia atrás, desapareciendo. Espesas nubes de vapor volaban sobre la tierra, ocultando a la vista de Déyev la muchedumbre que quedaba en el andén.

Y, de repente, una figura surgió en medio de aquella nube de algodón. Alguien que corría en pos de la locomotora. Corría a toda velocidad, corría con todas sus fuerzas. ¡Era una mujer! La falda larga recogida por encima de la rodilla golpeaba las piernas veloces y desnudas calzadas con unos zapa-

tones. La trenza de cabello entrecano volaba al viento. Y en los brazos de la campesina había un bebé envuelto en una tela de color carmesí.

El tren va acelerando la marcha. Va cada vez más rápido. La mujer, lo mismo: su carrera es más veloz. Y mientras corre, estira los brazos y ofrece al tren la criatura que carga. No se la alarga a cualquiera, no: se la está ofreciendo a Déyev.

Es en él en quien ha clavado los ojos. Es tras él que corre. Déyev se ha agarrado al pasamanos y no puede apartar la vista de los ojos de la mujer. Ella corre desesperadamente. Corre como un animal herido que está escapando de una muerte que ya tiene por cierta. Su rostro desencajado y pálido induce a pensar que el corazón le puede estallar en cualquier momento.

Corre más rápido, más y más rápido, y ya su cara alcanza la altura de la plataforma del coche en el que viaja Déyev; casi toca sus pies. Los ojos, fuera de las órbitas. La boca, abierta. Y le alarga la criatura con sus brazos rectos, puro hueso: ¡tenla!

Déyev apretó los dientes, se sujetó con más fuerza aún a los pasamanos, ¡parecía que los iba a arrancar!, y agitó la cabeza en gesto explícito: ¡no puedo, no, perdóname, pero no puedo, perdóname!

En eso, la mujer depositó a la criatura en la escalerilla del vagón.

El paquetito carmesí quedó a los pies de Déyev, en la rejilla metálica que temblaba con el movimiento del convoy y bajo la que se veía pasar, o más bien correr, la tierra. Déyev sólo atinó a agarrar el paquete. Fue un gesto inconsciente. Fue su mano la que actuó por él. Fue sólo un instante, y ya se vio sujeto al coche con sola mano y cargando al bebé, apretándolo contra su cuerpo, con la otra.

¿Y la campesina? ¿Qué fue de ella? Puede que Déyev alcanzara a ver con el rabillo del ojo cómo rodó por una pendiente y desapareció de su vista. O puede que se lo imaginara. El caso es que la mujer se esfumó. No estaba ya por nin-

gún lado. Aunque allí ya no se distinguía nada: la nube de vapor que desprendía el convoy lo cubría todo como un ala blanca y peluda.

Déyev abre el pañal. En su interior se retuerce un bebé minúsculo que llora quedamente. Está rojo y arrugado. Es un recién nacido.

La puerta del coche se cierra con un golpe. Ha sido Bélaya, que ha abandonado la escena sin decir palabra.

La criatura que Déyev sostiene en las manos entrecierra sus ojos todavía ciegos y gira la cabecita. Sus morritos entreabiertos buscan en todas direcciones el pecho de su madre.

JUNTOS LOS DOS

SVIYAZHSK — URMARI

Déyev era un hombre sencillo al que le gustaban las cosas sencillas. Le gustaba cuando se decía la verdad. Le gustaba que saliera el sol. Le gustaba cuando un niño sonreía con una sonrisa satisfecha y despreocupada. Cuando cantaban las mujeres y cuando lo hacían los hombres. Le gustaban los ancianos y los niños: le gustaba la gente. Le gustaba sentirse parte de algo más grande que él mismo, fuera el Ejército, el país e, incluso, la humanidad. Le gustaba posar la palma de la mano sobre el costado de la locomotora y escuchar con la piel el funcionamiento del corazón mecánico.

En cambio, no le gustaban la sangre y las heridas. No le gustaba cuando mataban. Lo mismo si morían los suyos que los otros, le daba igual. No le gustaba pasar hambre y ver cómo pasaban hambre los demás. No le gustaba la palabra «sucedáneo», que se utilizaba para nombrar las sustancias que sustituían a los alimentos de verdad. No le gustaba la gente hinchada por el hambre o la que yacía enferma. No le gustaban los enterradores de reses ni los cementerios.

En otras palabras, a Déyev le gustaba la vida y no le gustaba la muerte.

Y, sin embargo, todos los años que le había tocado vivir los había pasado revolcándose en la muerte, como una mosca en un tazón de leche, incapaz de escapar de ella. Y lo mismo les había sucedido a todos sus camaradas y al joven país de los soviets. De niño, hijo adoptivo del depósito de locomotoras, consiguió sobrevivir a duras penas, pernoctando en el almacén de traviesas y despegando con esfuerzo cada mañana los cabellos helados que se habían adherido a la madera. En la adolescencia fue ayudante en el taller de reparaciones, donde le tocaba pelear duro por cada plato de sopa y cogía fuer-